dice que los delincuentes presentan ciertos caracteres anormales, no quiere decirse que éstos hayan de ser encontrados en todos los delincuentes y no hallarlos jamás en los no delincuentes. Esta observación tiene un valor muy relativo—pero no por esto menos positivo ni menos concluyente—, e implica una frecuencia mayor de tales caracteres en el delincuente comparado con el hombre normal; tiene también aquélla un valor individual, al propio tiempo que colectivo, en el caso en que en un criminal se descubre una reunión extraordinaria de anomalías; porque entonces, naturalmente, la probabilidad y la plenitud del tipo crecen en razón geométrica de los caracteres acumulados.

En cuanto a la segunda parte de la objeción que versa acerca del hecho de encontrarse también las anomalías de los criminales entre los locos no delincuentes y en los degenerados en general, se subordina, como nosotros veremos bien pronto, a la opinión, según la cual, la delincuencia congénita no es más que una rama del tronco de donde sale la locura, o bien no es otra cosa que una de las numerosas formas de la degeneración general.

Sobre este punto, pues, admitiendo en todo caso nuestros contradictores el aserto fundamental de que el delincuente es tanto en lo físico como en lo psíquico, más o menos diferente del hombre honrado, me refiero al examen que haré de la última objeción.

16.—V. La indeterminación histórica y antropológica del delito, y en su virtud del delincuente, es otra objeción capital dirigida desde diversas partes contra las indicaciones de la antropología criminal.

¿Cómo, se nos dice, podéis fijar los caracteres del delincuente si no comenzáis por decirnos lo que es el delito fuera de las leyes penales? Habiendo sido dadas y apreciadas las enormes variaciones que las diferencias de evolución social han impuesto e imponen a las acciones humanas en épocas y en comarcas distintas, de tal modo, que los actos declarados hoy más criminales, como el parricidio, han sido y continúan siendo permitidos y aun obligatorios en otros tiempos y en otros

lugares, mientras que, viceversa, actos que no son calificados al presente de criminales, como la magia, la blasfemia, etc., eran en la Europa de la Edad Media, y son todavía entre muchos salvajes, los delitos más graves; dada esta indeterminación histórica del delito, ¿no resultará que los caracteres antropológicos de los delincuentes varíen de una a otra época y de un lugar a otro distinto? Y no siendo delincuentes los homicidas en la humanidad prehistórica o salvaje, ¿no deberían éstos presentar los caracteres criminales? O bien, por el contrario, los magos o los herejes de la Edad Media que tenían estos caracteres, han podido perderlos cuando las leyes penales se han civilizado?

Se explica esta objeción de parte de aquellos críticos que siendo refractarios al método experimental juzgan siempre los datos positivos según sus silogismos abstractos y tradicionales; pero no era de prever en aquellos otros que creen seguir el método positivo y aprueban la dirección científica de la sociología criminal.

Nace aquélla, como tantas otras, de la idea incompleta y unilateral que se han formado de las nuevas doctrinas los críticos de la antropología criminal, y a la que por comodidad de su polémica, no han querido nunca renunciar; y esta idea unilateral es que, para nosotros, el delito lo constituye exclusivamente la resultante o producto de los factores antropológicos, y no de los físicos y sociales reunidos.

Y, sin embargo, sobre esta asociación indisoluble de los tres órdenes de factores naturales de la criminalidad, por mi parte he insistido desde la primera edición de este libro (1881), tan enérgica y frecuentemente como me ha sido posible, creyendo que nuestros críticos no debieran en adelante cerrar sus oídos a nuestra conclusión fundamental.

Repitamos, pues, otra vez aún, que dejando a un lado por el momento los factores físicos del delito, a fin de simplificar el problema, y porque no figuran éstos directamente en la argumentación especial, el delito en general es la resultante combinada de los factores biológicos y de los factores sociales, siendo indiferente para cada uno de los delitos, no sólo bajo sus formas diversas de homicidio, de robo, de violación, etc.,

sino igualmente para las variedades de cada especie criminal (homicidio cometido por secuestro, o para robar, o por locura, o por venganza, etc.), la influencia recíproca de los factores biológicos y sociales.

Así los factores sociales preponderan en los atentados contra la propiedad, los biológicos en los delitos contra las personas, aunque los unos y los otros concurren siempre en la determinación de cada delito. Si tomamos por ejemplo el robo, es evidente que en las diversas variedades de delincuentes que le cometen, es muy diferente la influencia de los diversos factores; la del medio social es más grande en los robos simples cometidos por ocasión o por costumbres adquiridas, y es menor en los que están acompañados de violencia en las personas, en los que predomina, por el contrario, la influencia del temperamento orgánico o psíquico del delincuente. Otro tanto puede decirse respecto de cada clase y de cada variedad de delitos y de delincuentes.

Si esto es así, comencemos, pues, por responder que los caracteres únicamente orgánicos observados en los delincuentes por la antropología criminal, son mucho más chocantes y se presentan con más frecuencia en estas formas fundamentales de criminalidad, menos sujetas a las variaciones del medio social; cuyas formas más importantes son, como ya he dicho en otra parte, el homicidio y el robo.

Pues bien, es en principio incontestable, que por lo menos en la evolución histórica de la humanidad, el homicidio y el robo, antisociales por excelencia, han sido siempre considerados como delitos, cualesquiera que fuesen los criterios legales invocados para castigarlos (1).

No debe, pues, ser afirmada la indeterminación histórica del delito, de una manera general y absoluta para todos los

(1) Es extraño, por ejemplo, que Legrain (*La médecine légale du dé-général*, en los *Arch. d'anthr. criminelle*, Enero 1894), para criticar ciertas inducciones de la antropología criminal, diga que "hablar de delincuente nato equivale a decir que se nace con aptitudes para cometer acciones *acerca de cuyo valor todo el mundo discute*".

Jamás hemos pensado nosotros en hablar de delincuentes natos a propósito de delitos discutibles de pura creación política o policíaca. Pero ¿quién negará que el homicidio con violación sea un delito, es decir, una acción antihumana y antisocial?

que pueden cometerse; pues se aplica sobre todo a aquellas formas de transgresión (criminalidad evolutiva), que, como veremos inmediatamente, son el producto particular, más o menos transitorio, de condiciones sociales determinadas; o lo que es igual, que se aplica a los delitos y a los delincuentes en los que la influencia de los factores antropológicos es menor, y, por consiguiente, menos llamativa e importante la presencia de los factores antropológicos.

Para los delitos fundamentales (criminalidad atávica o antihumana), que más o menos o bajo un nombre u otro, reprimidos por la colectividad o por los particulares, se reproducen en todas las fases de la evolución humana, no hay razón alguna que autorice a creer que no se reconocerán en sus autores, si pudiera sometérselos a un examen, los rasgos más característicos indicados por la antropología, tales como se los observa en los criminales contemporáneos. Para dar una prueba de hecho, Lombroso ha señalado exactamente sobre doce cráneos de delincuentes de la Edad Media las mismas anomalías que presentan los de los criminales modernos; y es evidente, por ejemplo, que el enorme desarrollo de los maxilares, en los que se debe ver, como he demostrado, un signo característico de los homicidios cometidos por un transporte antihumano (venganza, ferocidad, codicia, etc.), siendo producido por el predominio de las funciones e instintos egoístas, y manifestando tendencias agresivas y violentas, se hallará igualmente entre los criminales contemporáneos (hablo de los sanguinarios) y entre los hombres de la Edad Media y los salvajes; aun cuando el empleo de la violencia homicida haya sido, en las diversas fases de la evolución social, apreciada y castigada de diferente manera.

La diferencia única es que el desarrollo enorme de los maxilares, mientras que entre los pueblos salvajes constituye la regla general (y de aquí surge entre ellos la ausencia de un tipo criminal bien marcado), llega a ser una excepción (por atavismo o por patología) entre los pueblos civilizados; de donde procede entre éstos la distinción teratológica de un tipo criminal.

Mas no hemos concluido: a pesar de que los delitos pudie-

ran cambiar absolutamente de una fase a otra de la evolución social, sería un error buscar, por ejemplo, en el salvaje parricida por deber filial, las anomalías orgánicas y psíquicas que encontramos en los parricidas de los países civilizados. No es ni el nombre ni la definición legal de los actos humanos lo que tiene valor para la antropología criminal, sino el móvil personal de los mismos. El criminal, en su figura típica de delincuente nato, es, en suma para el antropólogo dedicado a estos estudios, un individuo que tiene instintos *antisociales* (1).

El medio social, pues, da la forma al delito, que tiene su base en el factor biológico (2).

De otra parte, la evolución social humana no es, después de todo, tan rápida e inestable como las combinaciones de un kaleidoscopio en movimiento. Si nos fijamos en el homicidio, el robo, la falsedad, etc., encontraremos que desde el derecho romano a nuestra época, o sea en un espacio aproximado de veinte siglos, las apreciaciones morales, sociales y legales sobre estos crímenes, son en el fondo las mismas, independientemente de los cambios sobrevenidos en las formas de la sanción legal y social con que se les combate.

(1) En el capítulo tercero explicaré la distinción ulterior entre la criminalidad atávica (antihumana o antisocial en el amplio sentido de la palabra) y la criminalidad evolutiva (antisocial en un sentido restringido y político).

(2) Entre los autores más recientes, están de acuerdo con este pensamiento que acabo de expresar: Tarde, *Bribes de statist. améric.*, en los *Arch. anthr. crim.*, Noviembre 1891, p. 692: quien manifiesta que los factores sociales son las causas *directrices*, y los factores antropológicos y físicos las causas *impulsivas*; Dallemagne, *Etiologie fonctionnelle du crime*, en las *Actes du congrès A. C.*, Bruselas, 1893, p. 141; Pelmann, *Wissenschaft und criminalität*, en la *Prager Med. Woch.*, 1895 y *Arch. psych.*, XVII, p. 317; Orchanski, *Les criminels russes et la théorie de C. Lombroso*, en el *Arch. di psych.*, 1898, IX, 17.

Entre los mismos críticos de la antropología criminal, Næcke ha tenido que declarar recientemente que es necesario no conceder, mientras no haga falta, en la génesis del delito, una importancia menor a los factores individuales que a las condiciones del medio.

Næcke, *Die Criminal anthropologie, ihre ferneren Aufgaben und Verhältniss zur Psychiatrie* (1894), consideraciones generales sobre la *psiquiatria criminal* (en las *Actes du congrès A. C.*, Ginebra, 1897, p. 8). Es aquí donde dice: "Soy ahora de la opinión de aquellos que creen que el móvil individual es el principal." Véase sobre el mismo punto a Ottolenghi, *Il fattore antropologico e l'ambiente nelle questioni sociali*, en la *Riv. di Sociol.*, Febrero 1895, p. 132.

Los sentimientos, que son los determinantes más enérgicos de las acciones humanas, varían igualmente con mucha mayor lentitud, ya se sabe, en el tiempo y en el espacio, que las ideas.

Y es por esto por lo que (nueva confirmación por los hechos) en las efigies de los emperadores romanos más feroces y desequilibrados, se encuentran, como lo ha demostrado Mayor y Lombroso, los rasgos característicos propios de los criminales y de los degenerados de hoy.

Sea como fuere, debemos siempre concluir que nos importa poco saber qué anomalías pueden presentar los criminales de hace diez o doce mil años, e igualmente cuáles son las de los salvajes contemporáneos; porque hacemos la sociología criminal para los países civilizados de nuestro siglo y para los de un próximo porvenir, sin tener la pretensión metafísica de formular leyes absolutas y eternas.

Pero la objeción tiene otra fase con la que se combate la base misma de la antropología criminal, declarando las investigaciones injustificadas, cuando no se precisan, fuera de las leyes penales que son variables, los límites entre los delitos y la acción normal, según los criterios naturales y sociales.

A esta dificultad ha creído necesario responder Garófalo con su definición del «delito natural», distinto del «delito legal». «Cuando el naturalista, escribe, nos haya dicho qué es lo que entiende por delito, es cuando se podrá saber de qué delinquentes habla. En una palabra, es el *delito natural* lo que precisa establecer» (1). Y después emprendía de nuevo, bajo otro aspecto, la distinción entre los delitos naturales y los de «pura creación política», como decía Del Lungo, distinción que Romagnosi había indicado hablando «de los delitos *naturales* y de los *artificiales*», recordando que los romanos distinguían «las acciones que son tenidas por delictivas, porque el sentido moral y la conciencia recta las reprueba (*naturâ turpia sunt*), y aquellas otras que en las circunstancias especiales en que se encuentra un pueblo precisa prohibir para la seguridad común (*civiliter et quasi more civitatis*)» (2). Esta distinción fué

(1) Garófalo, *Criminologia*, Turín, 1891, 2.^a edic., p. 2.

(2) Romagnosi, *Genesis del diritto penale*, § 1.545; Capobianco, *Il di-*

también establecida por el derecho anglo-sajón entre los «delitos comunes» (*mala in se*) y los «delitos estatutarios» (*mala prohibita*) (1).

Aunque la definición psicológica ofrecida por Garófalo ~~debe~~ considerarse como una tentativa original y fecunda, por mi parte, como ya hizo notar Fioretti, y yo he dicho en otro sitio, no siento la necesidad preferente de tal definición. La definición por la cual los metafísicos y los juristas clásicos gustan siempre comenzar, no puede ser, a mi juicio, más que la última síntesis; debiera, por lo tanto, formularse al fin y no al comienzo de las investigaciones de sociología criminal (2). Y esto en razón no sólo de que así lo quieren los fundamentos generales del método positivo, sino también porque creo que no es seria la dificultad señalada por los adversarios y combatida por Garófalo.

Tarde, hablando de un libro de Beaussire que da una gran importancia a las ideas nuevas y que asimismo se ocupa de la definición del delito natural dada por Garófalo, declara que para él el delito es siempre «la violación voluntaria (no dice libre) del derecho» (3). Pues bien, esto es quedar en el viejo círculo en que es delito lo que el legislador castiga; y no se hace así más que perpetuar (lo que era lógico en la escuela clásica) el principio más antiguo, según el cual es delito lo que la «divinidad» prohíbe: se sustituye simplemente a la divinidad con el «elegido del Señor», y en seguida, por socialización progresiva, con «el legislador».

Precisa, pues, aclarar la diferencia esencial que hay entre el

ritto pen. di Roma in confronto al dir. pen. vigente e alle teorie della scuola positiva, Florencia, 1894, p. 163.

(1) Holmes, *Diritto comune anglo-americano*, Milán, 1890, págs. 75, 79 y 90; Harris, *Principii di dir. pro. pen. inglese*, Verona, 1898, p. 4.

(2) Hamon (*Déterminisme et responsabilité*, París, 1898, p. 66), cree necesario, por el contrario, una definición preliminar (yo diría *à priori*) del delito, para que todos se entiendan sobre el objeto propio de la criminología. Pero el ejemplo que él invoca, el que todos los químicos llaman *sales* a los cuerpos compuestos de un ácido y de una base, confirma mi pensamiento. Los químicos han llegado a ponerse de acuerdo sobre esta definición de las sales, no antes, sino después de largos trabajos de análisis ejecutados sin que tal definición existiera.

(3) Tarde, sobre *Les principes du droit* de Beaussire, en los *Arch. d'anthrop. crim.*, Julio 1888, págs. 387 a 389.

punto de vista antropológico criminal y el sociológico criminal.

Para el antropólogo criminal, son igualmente criminales el que mata por lucro y el que para apropiarse de una herencia empuja a la víctima al suicidio; versa el objeto de su estudio sobre la constitución orgánica psíquica del uno igualmente que del otro, en tanto que esta constitución es anormal.

Muy diferente es para el sociólogo criminal el punto de vista relativo a las medidas legales y sociales que pueden derivarse de estos datos antropológicos y que ya veremos en su tiempo y lugar. Porque no es necesario llegar por el razonamiento puro a la consecuencia a que quieren reducirnos ciertos críticos, de que precisaría, según nuestra tesis, encarcelar a quienquiera que presentase los caracteres biológicos anormales. Repetimos de nuevo que el delito es también el efecto de los factores psíquicos y sociales; y si la condición biológica no basta por sí sola para obligar a cometer un delito (porque puede ser neutralizada por la acción de un medio favorable), la sociedad podrá ocuparse de estas anomalías biológicas en el orden pedagógico e higiénico, mas no en manera alguna en el orden de la represión legal. Así como, socialmente, la locura no da lugar a medidas defensivas más que cuando se manifiesta por el delirio; así socialmente, la tendencia criminal, aun cuando se revele por caracteres fisignomónicos y psíquicos, no puede producir medidas represivas más que en el caso de manifestarse bajo una forma concreta en un acto agresivo, en un delito intentado o consumado.

Para el legislador, como para el juez y como para la conciencia pública, *un criminal nato puede ser legalmente un hombre honrado*. No tanto porque pertenezca al grupo de aquellos que han sido estudiados como «delincuentes astutos y dichosos», es decir, los que por sagacidad o abuso de poder saben sustraerse a la acción de la ley penal violada por ellos (1); sino principalmente porque se puede no haber violado nunca el Código penal, y no ser bajo el punto de vista moral y social otra

(1) Ferriani, *Delinquenti scaltri e fortunati*, Roma, 1897; Luisa Anzoletti, *Gli asteroidi della delinquenza*, en la *Riv. intern. di sc. soc.*, Abril 1897, p. 541; Tarde, *Les transformations de l'impunité*, en los *Arch. d'anthrop. crim.*, 15 Noviembre 1898.

cosa que un bribón dotado a menudo de facultades brillantes, pero ciertamente peor que muchos condenados y encerrados en las prisiones.

Que así como la epilepsia tiene sus equivalentes psíquicos que sustituyen a sus convulsiones naturales, de igual suerte la delincuencia tiene sus equivalentes sociales que en las clases más ilustradas sustituyen a las formas brutales, atávicas, violentas, de la actividad antisocial o inmoral, que burlan la ley sin chocar con ella de frente (1). Así, en lugar de la violación, se acude a la seducción; en lugar de la prostituta surge el tipo de las adúlteras elegantes y de las *demi-vierges*; en vez del ladrón, el usurero y el panamista; en vez del asesino, el duelista o el jefe de expediciones coloniales o guerreras.

Por esto, para concluir, la objeción prejudicial dirigida contra la antropología criminal carece de base; porque no sólo esta ciencia estudia de un modo principal a los autores de los delitos que he llamado fundamentales y relativamente constantes—homicidas, ladrones, asesinos, individuos culpables de heridas y violaciones, etc.—, sino porque el sujeto propio de la antropología criminal, es el *individuo antisocial* en sus *tendencias* y en su *actividad*.

En evidente que, a falta de límites precisos antropológica y socialmente hablando, entre los delincuentes y los hombres honrados, las indagaciones nuevas estableciendo la presencia o la ausencia de los caracteres anormales en los diferentes autores de los delitos castigados por un determinado Código penal, ofrecen al sociólogo criminalista elementos mucho más positivos que los silogismos jurídicos, para reclamar medidas y reformas que estén en consonancia con los resultados de la antropología criminal combinados con el estudio de los factores físicos y sociales del delito.

Respecto de la definición sociológica en un sentido naturalista, del delito, como no tendré otra ocasión de ocuparme de ella, diré de pasada que la de Garófalo, por muy original y fecunda que sea, me parece incompleta; pues al decir que el

(1) Angiolella, *Gli equivalenti della criminalità*, en el *Arch. di psych.*, 1899, XX, fascículo 1.

delito natural es «la violación de los sentimientos altruistas fundamentales de la piedad y de la probidad, en el grado medio en que se encuentra la humanidad civilizada, por acciones perjudiciales a la colectividad», no se pone en evidencia más que uno de los aspectos del fenómeno criminal, su oposición con ciertos sentimientos generales. En ella existe una verdad fundamental, pero incompleta; falta la consideración de otros muchos sentimientos, tales como el pudor, la religión, el patriotismo, etc., cuya violación verdaderamente puede constituir un delito legal y a la vez natural; por consiguiente, esta definición no comprende todos los delitos posibles ni aun los principales, en sentido sociológico. Además estos mismos sentimientos de probidad y de piedad no son a su vez más que efectos hereditarios y modificables de las condiciones sociales de existencia, según las diferentes fases de la evolución humana.

Precisamente en estas *condiciones de existencia social* y al propio tiempo en los móviles sociales y antisociales que determinan la acción, es donde yo había colocado desde la primera y segunda edición de esta obra, el criterio positivo de la criminalidad natural.

A esta concepción fundamental ha opuesto dos objeciones un sociólogo eminente, derivándolas no del verbalismo silogístico ya rebatido, sino de un carácter positivo: 1.º Se concede por ella, dice, una importancia exagerada al cálculo y a la reflexión en la dirección de la evolución social, porque existen muchas prohibiciones de hecho que en nada atañen a las condiciones de la vida individual y social. ¿Cuándo, por ejemplo, puede haber peligro social en el hecho de tocar un objeto *tabou* o de comer determinados manjares? (1).

Fácil es responder que, por el contrario, el criterio de la regulación de las condiciones de existencia concede al instinto social una gran parte en la interdicción de ciertos hechos que, como los dos actos que acabamos de citar, pueden parecer inofensivos en una fase avanzada de la evolución social, aun cuando no sean más que simples supervivencias, correspondiendo a necesidades sociales evidentes en las fases primitivas y en

(1) Durkheim, *Division du travail social*, París, F. Alcan, 1893, p. 75.

condiciones difíciles de existencia (en las islas, por ejemplo) o de higiene (climas tórridos), imponiendo un castigo que en otros tiempos y en otros sitios parecería absurdo.

2.º Se nos hace observar que determinados actos más peligrosos para las condiciones de la vida social (por ejemplo, una bancarrota, si se la compara con un homicidio) son castigados menos severamente o hasta quedan impunes.

A lo que respondemos, que aparte del caso en que el homicidio, cuando ha sido provocado, puede ser penado menos severamente que una bancarrota fraudulenta, el criterio de gravedad social no consiste en el perjuicio material objetivo, sino igualmente y de un modo principal en el poder ofensivo del agente, que es lo que considera justamente la escuela positiva; mientras que la escuela clásica, por muy espiritualista que ella sea, materializa demasiado la justicia penal, proporcionando la pena a las consecuencias materiales del hecho.

Por consiguiente, constituye el fundamento de la criminalidad natural, el ataque o el atentado a las condiciones de existencia individual o social.

Reuniendo ciertos elementos evidenciados por Garófalo, por mí y también por Liszt, y reproduciendo casi de un modo idéntico los términos empleados por Berenini (1), Colajanni da del delito natural una definición que me parece positiva y completa, al decir: «Las acciones *punibles* (delitos) son aquellas que, determinadas por *móviles* individuales y antisociales, turban las *condiciones de existencia* y chocan con la *moralidad media* de un pueblo en un momento dado» (op. cit., I, 64).

Una multitud de acciones antisociales e inmorales no entran sin embargo, por esto sólo, en el número de los delitos incluidos en la ley o de las acciones punibles; y aun para aquellas que entran, es posible que la *pena* no sea el remedio social más apropiado. Es decir, que aquí tocamos el problema de la distinción entre el derecho civil y el penal, entre la represión y la prevención, de cuyo asunto me ocuparé en otro capítulo, cuando trate de la responsabilidad.

Sin pasar aquí revista, como lo hice en las ediciones italia-

(1) Berenini, *Offese e diffese*, Parma, 1886, volumen primero, p. 39.

nas, a todas las definiciones que se han dado del delito, después de haber indicado con toda claridad, como lo he hecho más arriba, lo que pienso sobre este punto, hablaré sólo de tres definiciones típicas: una ecléctica, la de Proal; otra sociológica, la de Durkheim, y la tercera biológica, la de Bahar.

Proal, como otros muchos eclécticos, partiendo siempre de la idea de establecer el contenido del delito fuera y por encima de las leyes penales positivas, no se aparta en realidad, de los criterios del espiritualismo o de la filosofía jurídico-tradicional. Continúa la idea de Pellegrino Rossi, para el que el delito es «la violación de un deber», y le define «la violación de un deber social impuesto para la conservación de la sociedad», lo cual es precisamente la definición contenida en el artículo 1.º del Código penal de Neuchâtel: «El delito es la violación de los deberes impuestos por la ley en interés del orden social» (1).

Esta definición resulta equívoca; pues, en efecto, o se trata de un «deber social» no sancionado por la ley política, en cuyo caso es una expresión más vaga que la antisocialidad del acto y de sus móviles, que constituye el eje de nuestra definición; o se trata de un deber social fortificado por la sanción de la ley penal, y entonces se cae de nuevo en la concepción empírica de los jurisconsultos.

Durkheim, que es, no obstante, entre los sociólogos franceses contemporáneos el más original y el más verdaderamente positivista (en su sentido amplio y no en el *comtista* de la palabra), después de haber repetido con nosotros que la definición de Garófalo es incompleta, acaba por decir: «Un acto es criminal cuando hiere los estados vigorosos y definidos (?) de la conciencia colectiva». Si reprochábamos por incompleta a la fórmula precedente, ésta, en su falta de precisión, está muy lejos de completarla; aparte de lo cual, en el sistema sociológico de Durkheim, no sirve para nada; porque este autor, partiendo de su concepción justa de que los hechos sociológicos deben ser examinados *objetivamente* (y entiende por hecho sociológico «toda regla de conducta a la cual se agrega una sanción extendida en la conciencia colectiva») concluye que todos los delitos, aun

(1) Proal, *Le crime et la peine*, París, F. Alcan, 1894, p. 500.

aquellos que no lesionan ningún sentimiento colectivo, por ejemplo, la caza prohibida, pertenecen en grados distintos a la misma categoría, y que, por tal razón, «cualesquiera que sean sus variedades, el delito es en todas partes *esencialmente el mismo*» (1).

Esto podrá ser exacto en el dominio exclusivo de la sociología jurídica (y yo mismo he sostenido siempre, que entre el delito y la contravención de policía, no hay, bajo el punto de vista jurídico-social, más que una diferencia de grado; pero si se trata de lo que corresponde a la antropología social, equivaldría a negar la necesidad del análisis científico y a afirmarla a la vez. Lo cual es igual que si el químico dijera que todos los cuerpos compuestos lo están siempre en grados diferentes y que, por consiguiente, es inútil tratar de distinguir y clasificar sus elementos.

Durkheim, con razón, acusa de absurdo el procedimiento de los que, como Bastien y Tarde, hacen psicologismo social, diciendo que los hechos sociales son el efecto y la reacción de los hechos psíquicos, y que no tienen en sí mismos condiciones especiales y objetivas de existencia, actuando y reaccionando sobre los repetidos hechos psíquicos; pero es erróneo olvidar, como lo hacen, además de los sociólogos, un gran número de socialistas teóricos, que los hechos sociales sólo pueden tener una existencia autónoma relativa, o sea teniendo su base y sus raíces en los hechos biológicos de la antropología.

Para Bahar, «el delito es la expresión de la impotencia en que el individuo se encuentra de renunciar a la homofagia (canibalismo, atentados directos o indirectos a la vida); pues consiste en satisfacer nuestros instintos y nuestras pasiones sobre los semejantes, en vez de exigir a la materia la satisfacción de nuestras necesidades» (2).

Por un defecto contrario al de Durkheim, se ve claro que aquí el delito sólo es considerado bajo un aspecto exclusiva-

(1) Durkheim, *De la division du travail social*, París, F. Alcan, 1893, págs. 27, 77, 85 y 88; el mismo, *Règles de la methode sociologique*, París, F. Alcan, 3.^a edic., 1904, p. 51.

(2) Bahar, *Une nouvelle définition du crime basée sur la science biologique*, en la *Revue pénitentiaire*, 1895, p. 739.

mente biológico; mientras que nosotros hemos sostenido siempre (y Manouvrier (1) opone equivocadamente esta idea a las doctrinas positivistas) que el delito es un fenómeno *social*, porque no puede concebirse sin la vida en sociedad, ni entre los animales ni entre los hombres. En tanto que Monouvrier, a pesar de esto, afirma que, por tal razón, el delito es el producto exclusivo de los factores sociales (porque es un fenómeno social), decimos nosotros, en oposición a él de una parte y a Bahar de otra, que el delito, siendo desde luego un fenómeno *social*, es también la manifestación *biológica* de uno o de varios individuos, y que, en su consecuencia, es equivocado el pretender atribuir su génesis únicamente a las causas sociológicas o a las biológicas, ya que uno y otro orden de causas concurren por su unión indisoluble a producirle.

Atendiendo a esto, yo llamo al delito «un fenómeno natural y social», lo que no es la simple yuxtaposición verbal de ambas cualidades heterogéneas, como creyó Carnevale (2), por no haber sabido ver resumida en esta expresión la inducción fundamental de la ciencia moderna, inducción, según la que todo orden de fenómenos complejos y superiores, lejos de excluir el orden subyacente de los fenómenos más simples, le comprende y tiene en él su raíz, siguiendo la ley de formación natural que formuló Ardigo en estas palabras: toda fase posterior y más distinta sigue, sin destruirlas ni eliminarlas, las fases precedentes e indistintas de la evolución cósmica, biológica y sociológica (3). De suerte que ningún hecho *social* es posible sin ser al mismo tiempo un hecho *biológico*, y algo más; y éste, por su parte, sólo es posible si es a la vez un hecho *psico-químico*, con algo más; y este último es un hecho *cosmo-telúrico*, también con algo más. Este *algo más* constituye el objeto y la razón de ser de la ciencia especial de cada or-

(1) Manouvrier, *Les aptitudes et les actes*, en el *Bull. de la Soc. d'anthr.*, París, 1890, y *Ère nouvelle*, Octubre 1893,—repetido en la *Genèse normale du crime*, en el *Bull. Soc. anth.*, 15 Septiembre 1893 y *Ère nouvelle*, Marzo de 1894.

(2) Carnevale, *Il naturalismo nel diritto criminale*, en la *Giustizia penale*, 1895, p. 575.

(3) Ardigo, *La formazione naturale*, vol. II de sus obras, Padua, 1887.

den de hechos; pero no debe olvidarse el *mucho más* que constituye la base y le hace posible.

Ninguna definición de las que han sido dadas del delito, responde a esta inducción fundamental sobre la naturalidad y continuidad de los fenómenos del universo en la gradación de sus órdenes, cada vez más complejos, de la vida cósmica a la psico-química y a la biológico-social; porque, aun cuando sean exactas en sí mismas, sólo iluminan algún elemento o aspecto del fenómeno criminal sin exponer una idea completa.

La que ofrece esta idea completa y responde a la inducción antedicha, es la definición de Berenini, que es también la mía; ella responde del mismo modo a las exigencias de la ciencia y, como veremos más adelante, a las de la práctica.

Que la ciencia criminal llegue por este medio, en la definición del delito, a una conclusión fecunda y decisiva, es lo que resulta de la consideración siguiente, que es enteramente esencial.

Así como la sociología ha tenido una evolución y una integración de las doctrinas fundamentales, en las que el determinismo y la explicación científica de los hechos sociales han aparecido primero para las condiciones más superficiales, puesto que ellas se muestran aun para el sentido común (y según Comte éstas son *las ideas*), y después para las condiciones menos superficiales (según Spencer, los *sentimientos*, en los que germinan las ideas), y en último lugar para las condiciones verdaderamente fundamentales de la vida individual y colectiva (según Marx, *las necesidades*, de las que nacen los sentimientos y las ideas); así, para determinar el delito y el delincuente como objeto de la antropología criminal, se ha comenzado por indicar las condiciones más superficiales y aparentes (*la prohibición hecha por la ley*, según Tarde, Vaccaro, Proal, que es, en efecto, una operación intelectual, una manifestación de *las ideas*); después se han indicado los determinantes de esta interdicción (*los sentimientos*, según Garófalo, Durkheim, Severi, etc.); y finalmente, precisa ver en *las condiciones de existencia* el determinante fundamental de donde nacen los sentimientos y las ideas.

Y puesto que, como he indicado varias veces, estas condi-

ciones de existencia tienen manifestaciones *individuales* y manifestaciones *sociales*, encontramos aquí la raíz de la distinción fundamental entre la criminalidad atávica o antihumana de una parte, y de otra la criminalidad evolutiva o antisocial (en el riguroso sentido de la palabra), acerca de la que yo me extenderé en el capítulo tercero y a la que podríamos también llamar criminalidad *bio-social*, cuando compromete también las condiciones de existencia individual (por ejemplo, homicidio, malos tratos, violación, robo, etc.), y criminalidad *social* cuando sólo interesa las condiciones de existencia colectiva (por ejemplo, atentados políticos, contravenciones, etc.) (1).

Los elementos característicos del delito natural son la *antisociabilidad de los motivos determinantes* y el *atentado a las con-*

(1) En dos recientes artículos, Tarde ha vuelto sobre la noción del delito (*Problèmes de criminalité*, en los *Archives d'Anthr. crim.*, Julio 1898, y *¿Qué es el crimen?* en la *Rev. phil.*, Octubre 1898). Mas criticando sobre todo las definiciones propuestas por Blocq y Onanoff, Garófalo y Colajanni, no proponen nada nuevo; pues se contentan con algunas variaciones silogísticas sobre su tema habitual de la imitación y la imitabilidad, y reproduciendo dos de mis pensamientos, declara que los verdaderos delitos naturales son el *homicidio* y el *robo*, agregando (como ya he dicho en la *Justice pénale*, Bruselas, 1898, p. 9-10) que la moralidad se *transforma* menos que se *extiende*, en vista de que la noción del "prójimo" contra quien se cometen las acciones inmorales, criminales y, en consecuencia, punibles, se extiende progresivamente de la familia al clan, a la tribu, a la nación y a la humanidad.

En la noción del delito, Tarde hace notar sobre todo los dos criterios psico-sociológicos de la alarma y de la indignación, entregándose en seguida, como es en él costumbre, a las combinaciones algebraicas de los crímenes que alarman más y que indignan menos, que indignan más y alarman menos, que alarman e indignan lo mismo, etc.

Pero el fenómeno de la indignación evidentemente está predestinado a atenuarse y a desaparecer a la vez que se extienda la convicción (ya admitida para los locos, a quienes antes se aborrecía y se martirizaba) de que el delito es también una enfermedad independiente de la libre voluntad del individuo. Y en cuanto a la alarma, que responde al elemento positivo, señalado por nosotros, del ataque perpetrado sobre las condiciones de la vida individual o social, Tarde hace un análisis erróneo, puesto que queriendo reducirlo todo a la imitación, según su costumbre, comienza (*Rev. phil.*, p. 343) por decir, "que toda conciencia colectiva está formada de ideas, *en principio individuales*, que son propagadas y generalizadas, y más tarde transmitidas por la tradición y la imitación hereditaria". Claro es, no obstante esto, que la conciencia colectiva se forma, simultáneamente o poco menos, entre los individuos que componen el grupo, bajo la sugestión o la presión de las condiciones de la existencia social (salvo en casos excepcionales, y aun entonces gracias a la predisposición de estas condiciones de la vida colectiva), y que ella no es una idea nacida del cerebro de un individuo, "que después se propague" como las ondas en un lago alrededor de la piedra que en él se ha echado.

dicciones de existencia (individual o social), que implican el elemento de *ofensa a la moralidad media* de un grupo colectivo determinado. Cuando todos esos elementos están reunidos, se tienen las formas atávicas de la criminalidad antihumana; cuando falta el primero de ellos (y en su consecuencia el último), se está en presencia de las formas de la criminalidad evolutiva o político-social.

Como conclusión, hemos demostrado que la antropología criminal, ya estudiando los autores de los delitos fundamentales y considerados unánimemente de este modo desde hace veinte siglos por todos los pueblos civilizados, ya apoyándose en los elementos naturales de las acciones antisociales, posee un dominio propio bien delimitado, al cual suministra ella misma la comprobación de su exactitud (no de un modo absoluto, sino en la medida propia de las ciencias naturales) cuando constata la falta de anomalías orgánicas y psíquicas en los «pseudo-criminales», es decir, en aquellos que cometen acciones criminales sólo en apariencia, pero obedeciendo a móviles sociales y legítimos o en condiciones psíquicas no patológicas, pero excepcionales y transitorias, o cometen acciones que la ley castiga, si bien no repugnan al sentimiento general.

17.—VI. La existencia de un tipo criminal antropológico es la conclusión que más choca con los hábitos mentales y con las ilusiones de un espiritualismo más o menos disfrazado; siendo también la que los adversarios de la antropología criminal combaten con más insistencia, aunque con argumentos más insuficientes y poco variados.

Topinard llega hasta comprobar la exactitud de la palabra «tipo» empleada por nosotros (1). Pero como Lombroso le ha contestado y el mismo Topinard ha escrito (2), si se entiende por tipo «un conjunto de caracteres distintivos, una especie de término medio, que Gratiolet llamaba una impresión sintética», y que G. Saint-Hilaire definía *una suerte de punto fijo y de centro común, alrededor del cual las diferencias encontradas son como*

(1) Topinard, *L'anthropologie criminelle*, en la *Rev. d'anthr.*, 15 Noviembre 1887.

(2) Topinard, *Eléments d'anthrop. générale*, París, 1885, p. 191.

otras tantas desviaciones en sentidos diferentes, es precisamente en este sentido claro y preciso, como hablamos de un tipo criminal (1); porque, como dice Broca, «el tipo es un conjunto de caracteres; pero, con relación al grupo que determina, es también el conjunto de los rasgos más salientes y que se repiten más a menudo».

Resulta de esto que, no sólo en la antropología criminal sino en la antropología general también, los individuos no presentan todos un tipo marcado y completo. Se encuentra el tipo en unos más puro, en otros menos: en los hebreos comparándolos con los arios, o en los alemanes confrontándolos con los italianos, etc.

Por la misma razón, si entramos en un presidio acercándonos por ejemplo a los homicidas (que yo he estudiado y de los que puedo hablar no sólo por una erudición adquirida en los libros y por lo tanto siempre incompleta, sino por mi experiencia personal), inmediatamente en el tropel o masa de los detenidos, podemos distinguir veinte, treinta, cincuenta tipos muy marcados de individuos, para los que nos es fácil declarar (yo lo he experimentado en mis visitas a las prisiones) que deben ser condenados por haber vertido sangre. Y entonces, para quien esté en mi caso, este hecho incontestable basta para derribar por sí sólo todos los razonamientos de los adversarios que llevan en su espíritu una imagen abstracta de los criminales, pero que jamás estudiaron la realidad viviente.

Y no se diga que al entrar en la prisión estamos ya prevenidos de que vamos a encontrarnos con criminales; porque la objeción no tiene aplicación en presencia del hecho de ser posible distinguir, por los caracteres externos solos, a los asesinos de todos los demás delincuentes, y también porque aun estudiando a los individuos normales, yo he hecho una elocuente experiencia. El caso es, como he recordado en otra ocasión que de 700 soldados que examiné individualmente, uno solo me ofreció un tipo muy neto de homicida (frente deprimida, maxilar enorme, mirada fría, palidez terrosa, labios delgados), y que después de haber expresado mi opinión ante el médico

(1) Lombroso, *Prefaz. alla Vediz.*, Turín, 1897, I, VI.

militar que me acompañaba, escuché al soldado mismo confirmarla, diciendo que había sido condenado por una muerte que cometió en su infancia!

Debo, no obstante, advertir a este propósito, que el tipo criminal antropológico resulta de un conjunto de caracteres orgánicos, si bien los rasgos decisivos son verdaderamente las líneas y la expresión de la fisonomía. Las anomalías en la estructura y en la forma ósea del cráneo y del cuerpo, son como el complemento del eje central, que es la fisonomía; y todavía en ésta ciertos rasgos son, por lo menos según mi experiencia, más característicos que los otros, como los ojos y el maxilar. Por estas dos facciones puedo yo, principalmente en los casos muy marcados, distinguir al delincuente sanguinario de cualquier otro. Lo mismo puede decirse del simple ladrón que emplea en sus delitos la astucia y a quien repugna la sangre y la violencia, con relación al ladrón a mano armada, a quien en caso necesario no le asusta llegar al homicidio, y que, a pesar de la analogía del delito y del móvil, constituye un tipo antropológico del simple ladrón.

No pretendo con esto, sin embargo, que otros observadores, como Lombroso y Marro, no puedan distinguir por caracteres que hayan experimentado mejor, a los autores, por ejemplo, de atentados al pudor, ladrones típicos y otros casos.

Lo que sólo trato de hacer observar es el valor predominante de la fisonomía en el diagnóstico del tipo criminal, porque, en verdad, por las únicas anomalías del cráneo o del esqueleto no puede distinguirse más que al degenerado o anormal en general del hombre normal, pero no, por estos solos indicios, al criminal de los demás degenerados (1).

(1) El mismo Sergi, *Le degenerazioni umane*, Milán, 1889, p. 116, al afirmar según sus propias experiencias, la existencia de un tipo criminal, hace notar que debiera decirse mejor "fisonomía criminal", como lo dice con frecuencia Lombroso en el sentido de tipo.

Sergi hace a este propósito, no obstante, una observación inexacta hablando de los datos de Marro sobre los autores de lesiones, que le han presentado (como a mí) caracteres más atenuados que los asesinos. "Aquel que, dice, ha hecho algunas heridas, ¿no ha pasado de allí porque no ha querido que penetrara más profundamente el puñal, o porque en lugar de dirigirlo al vientre o al corazón, sólo ha querido atravesar el brazo? No; el autor de lesiones (feritore) es un asesino que no ha conseguido matar a aquel a quien atacó, y que *debería* tener específicamente los caracte-

Es natural, que los tipos evidentes estén en minoría en toda serie de delinquentes, por dos razones que nos facilitan precisamente la ocasión de responder a las principales objeciones de puro razonamiento que se formulan contra la existencia del tipo criminal. 1.º Se dice que el tipo, siendo un conjunto de caracteres, y no resultando el delito exclusivamente de los factores biológicos, es natural que entre muchos individuos, estos caracteres ya sea por otras influencias biológicas, por ejemplo, influencias nerviosas centrales en oposición a la conformación exterior, ya sea por efecto del medio, no se hallen acumulados, y en consecuencia, presenten un tipo poco acabado; pero aun en este caso, lo repito, la evidencia menor no equivale a una existencia menor y es sólo el efecto accidental de otras causas perturbadoras. 2.º Se objeta que el tipo criminal no se encuentra con la misma frecuencia en todas las categorías antropológicas de criminales natos; mientras que en los criminales por ocasión o por arrebató personal, que están en el extremo opuesto, el tipo criminal antropológico o no existe o se halla mucho menos a menudo, precisamente porque entre ellos está el delito en una proporción menor determinado por el factor biológico, y en una proporción más grande determinado por la acción del medio físico y social, como, por ejemplo, en los tres grados típicos de aquel que simplemente ha causado lesiones (en una reyerta y sin intención precisa de matar), del homicida de ocasión y del asesino por tendencia congénita.

Las objeciones especiosas dirigidas contra la existencia del tipo criminal se reducen principalmente a decir que el tanto

teres del asesino". Y sin embargo no los tiene; y es natural que así sea, porque el autor de las lesiones, si no se distingue del homicida, se distingue profundamente en la generalidad de los casos, del *asesino*; es decir, que este último es, por regla general, un homicida nato, y el otro un homicida por ocasión, si no es en realidad un hombre de carácter violento que ataca sin intención de matar, en una riña, en el juego, por embriaguez, etc., y esta es la razón de que sea menos anormal que el asesino nato.

A propósito del tipo criminal, Virgilio (*Passanante e la natura morbosa del delitto*, Roma, 1888, págs. 61, 62, 63 y 125) hace notar, también él, que un tipo *antropométrico* de criminal no existe (y nadie que yo sepa lo ha afirmado) en el sentido de que los únicos datos antropométricos puedan bastar a determinarle; pero reconoce y afirma explícitamente la existencia del tipo criminal basado sobre las anomalías de conformación y los caracteres fisiognomónicos.

por ciento de cada uno de los caracteres típicos y fisiognómicos es débil y queda casi siempre por debajo del cincuenta por ciento, de tal suerte que no demuestra la existencia de un tipo que debiera resultar, por ejemplo, de una proporción de sesenta, de ochenta o noventa por ciento. «Y si Lombroso mismo dice que un tipo criminal se observa cuarenta veces solamente en cien casos, ¿cómo puede afirmarse aquél en la realidad? ¿Se dirá «tipo braquiocéfalo», si el sesenta por ciento de los individuos examinados son dolicocefalos?»

Esto es sólo un equívoco, que procede de que se olvida que en la masa de los delincuentes hay un gran número de ellos que no lo son más que por ocasión, que no presentan un tipo criminal bien marcado, y que en algunos casos lo ofrece atenuado solamente (por ejemplo, los que han derramado sangre, los que han golpeado o producido heridas, y los homicidas de ocasión comparados con los asesinos). El tipo, por lo tanto, no se observa, en verdad, más que en una minoría, si se examina en masa la serie entera correspondiente a las clases de delincuentes. Pero si se examinase, de una parte cien asesinatos, y de otra el mismo número de simples rateros, ciertamente se encontraría el tipo criminal del homicida casi sin excepción en los primeros y nunca en los segundos, a menos que éstos no fuesen ladrones homicidas, lo que acontece en muy pocos casos. Yo he dado de ello algunas pruebas demostrando la frecuencia más grande de anomalías en una serie de reincidentes comparada con otra de no reincidentes nacidos en las mismas provincias.

Es necesario reconocer que también Lombroso incurrió un poco en este equívoco, y si él hubiese hecho, con más constancia, una distinción entre las categorías de delincuentes que estudiaba, habría obtenido resultados mucho más evidentes y más concordantes que aquellos que publicó y que son desde luego elocuentes. Esta es en su virtud la atención más fecunda que deben proponerse de hoy en adelante los antropólogos criminales, porque la ciencia obedece, también ella, a la ley evolutiva de las diferenciaciones sucesivas, saliendo de un estado anterior de homogeneidad indistinta. En efecto, cuando se han estudiado categorías homogéneas de delincuentes, los resulta-

dos han sido bastante más significativos. Habiendo examinado Penta en los sitios en donde se cumple la pena de trabajos forzados cuatrocientos «grandes criminales», que pertenecían en su mayoría a la categoría de los delincuentes hereditarios, encontró que el tres por ciento solamente de aquellos individuos se hallaban exentos de anomalías, mientras que en el noventa y siete por ciento encontró la reunión de «tres anomalías y más aún» (1).

Además, las cifras del tanto por ciento son indudablemente reforzadas por el hecho siguiente: dado que, aunque *no fuese más que una sola vez por cada mil*, yo pudiera decirlos de modo previo cuáles son, a mi juicio, los caracteres, sobre todo de la fisonomía y del cráneo, que denotan el homicida nato, y, que después, en una prisión, yo supiese indicaros un individuo dotado de estos caracteres, que hubiese sido condenado por homicida, este hecho bastaría por sí solo para demostrar la existencia del tipo criminal, a pesar de las argucias de los críticos de gabinete. Pues bien, lo repito, he hecho docenas de experiencias de este género, y estoy dispuesto a hacer tantas como se quieran; cuyo argumento será el más persuasivo, como lo es ya, con más o menos exactitud, para los jueces en los Tribunales, y en la sociedad para los agentes de policía, cuando se trata de descubrir un delincuente.

Recordaré a este propósito igualmente una objeción que Dubuisson primero (2) y después de él Joly (3) han intentado oponer a la existencia del tipo criminal. Dicen ellos: si el asesino y el ladrón presenta tipos antropológicos cuya diferencia es tan característica, «¿cómo explicar el hecho, que parece cierto, de que la mayor parte de los delincuentes comiencen por el robo y acaben por el asesinato? ¿Es necesario, pues, admitir que el ladrón cambia de faz haciéndose asesino?».

¡He aquí a lo que conducé razonar acerca de los delincuentes sin conocerlos por observación directa! No es verdad que la

(1) Penta, *Le degenerazioni criminali*, en la *Riv. d'igiene*, 1890 (estr. página 4).

(2) Dubuisson, *Théorie de la responsabilité*, en los *Arch. d'anthr. crim.*, Enero 1888, p. 37.

(3) Joly, *Le crime*, París, 1888, p. 179.

mayor parte de los delincuentes empiecen por el robo y acaben por el asesinato. La famosa carrera del delito, en la que ya Farinaccio encontraba un argumento en favor de Béatrice Cenci, no es exacto más que para una categoría especial de delincuentes, para los habituales, según explicaré más adelante; y aun entre éstos sólo, por excepción, el ladrón llega a ser asesino: la psicología criminal, y yo he suministrado las pruebas de ello en *El homicidio*, establece que los ladrones forman, según que les repugne o no el derramamiento de sangre, dos clases profundamente diferentes. El ladrón simple, ladrón por astucia, por fraude, etc., puede llegar por costumbre, hasta el escalamiento y el bandolerismo; pero difícilmente llega al asesinato cometido con el propósito casi exclusivo de despojar a la víctima. Podrá quizá, en ciertos casos, cometer un homicidio, para asegurarse la impunidad, arrastrado por los gritos y la resistencia de su víctima, etc. Mas, al contrario, el ladrón de sangre (*l'escarpe* en el argot francés) no es más que una variedad del asesino; y es así por una tendencia congénita, que con frecuencia se manifiesta de súbito, antes de la edad adulta, pero que puede también, por circunstancias exteriores favorables, no manifestarse o hacerlo tardamente. Luego, como se ve, no es que el ladrón haya cambiado de tipo; es que, en realidad, tiene el tipo homicida antes de cometer el asesinato. Por esto, precisamente, cuando encuentro en las prisiones un detenido que ofrece los caracteres del homicida, y que se me dice haber sido condenado por robo, pienso inmediatamente que debe ser un ladrón bien diferente del inofensivo cortador de bolsas o del que roba furtivamente en los campos; y con frecuencia, si llevo más lejos mis preguntas, se me responde que no fué condenado sólo por robo, que lo ha sido también por golpes y lesiones, y aun por homicidio.

Todavía se han hecho al tipo criminal antropológico otras objeciones que no se refieren ya a su existencia, sino a su significación y a su origen.

Así Tarde primero y algunos otros después de él, han dicho que el tipo criminal puede ser «un tipo profesional», al cual el género de vida y el medio son los que le dan los caracteres que

distinguen al delincuente del hombre normal; y en este sentido hay un tipo del delincuente, como existe del artista, del marino, del cazador, del soldado, del abogado, etc. (1).

Topinard, en el mismo sentido, hacía una distinción más: existen los «tipos mesológicos» formados por las condiciones geográficas y mesológicas en general (tipo montañés, tipo de la malaria, etc.), y hay «tipos sociales», producidos por las huellas que dejan las diferencias de ocupación, de costumbres y de vida. Estos son todos, sin embargo, tipos adquiridos y secundarios de «colectividades accidentales», muy diferentes de los tipos naturales de familia, de raza, de especie, etc.: éstos son transmisibles por herencia, aquéllos no. Los tipos colectivos no sobreviven a la generación que los ha visto nacer; se repiten (siendo las mismas las condiciones), pero no se perpetúan (2).

Pues bien, entre los caracteres que constituyen el tipo criminal antropológico, los hay adquiridos, como el tatuaje, la expresión solapada de la cara, el modo de andar, el argot, las cicatrices, etc., mas también los hay congénitos, como las anomalías del cráneo, del esqueleto, de la fisonomía, y las anomalías fisiológicas (3).

Se comprende fácilmente que el hábito del delito o la profesión, impriman en el individuo, aun en el orden anatómico, algunos de estos caracteres adquiridos y verdaderamente profesionales, a consecuencia del ejercicio más frecuente de un

(1) Tarde, *La criminalité comparée*, Paris, F. Alcan, 1886, p. 51-53.

(2) Topinard, en la *Rev. d'anthrop.*, 15 Noviembre 1887, p. 661.

(3) Garófalo sostiene que en la determinación del tipo criminal debe darse la preferencia a los caracteres psíquicos. He estado y estoy de acuerdo con él en este punto, sobre todo cuando se trata de establecer a qué categoría antropológica pertenece un delincuente cualquiera, y de determinar las medidas de defensa social que deben tomarse contra él.

Pero la existencia del tipo anatómico y fisiognómico es indudable también, y aun en la clasificación práctica de cada delincuente, deben concurrir (como también ha afirmado Brouardel en el Congreso de París, *Actas*, p. 169), todos sus caracteres orgánicos, psíquicos y sociales, según concurren, por ejemplo, en cualquier dictamen médico-legal con relación a los locos delincuentes.

Véase Garófalo, Memoria dirigida al Congreso antropológico criminal de París, en los *Arch. antrop. crim.*, Mayo 1889, y en el mismo sentido que acabo de indicar, Zuccarelli, *L'anomalo*, núm. 5-6, Nápoles, 1889, páginas 138-161.

órgano, verbi gracia, el brazo derecho en el escultor, la mano en el ladrón al descuido, la tercera circunvolución frontal en un gran orador (en el cerebro de Gambetta) (1), supuesto, naturalmente, que haya una predisposición biológica; y en su virtud, la idea del tipo profesional, no en un sentido absoluto, es fundada cuando se trata de ciertos delincuentes de ocasión convertidos en delincuentes habituales, por las razones que yo he expuesto en otra parte y que manifestaré a continuación.

Pero que el género de vida, la profesión, puedan dar caracteres extraños y hasta contrarios a la actividad orgánica o psíquica, como a los homicidas sus maxilares enormes y su expresión feroz (en tanto que todo delincuente habría de tener interés en presentar una fisonomía insignificante) o a los ladrones su frente hundida, y así de otros, esto es lo que no puede encontrarse admisible a poco que en ello se reflexione.

Igualmente es cierto, que la profesión del cazador, del militar, del marino, etc., puede producir ciertos caracteres en el aire general, la tez, en ciertos músculos, etc. (como lo ha demostrado para los obreros belgas el arte grandioso de Meunier, y el de Orsi para los paisanos italianos) (2); pero ni en el cazador, ni en el marino, ni en el minero faltará la duodécima vértebra, como Tenchini encontró que faltaba a menudo en los criminales; y la frente no llegará a ser más o menos grande, ni el cráneo microcéfalo u oxicéfalo, por efecto de la profesión.

No es esto todo: como Garófalo ha hecho exactamente observar, cuando tenemos un delincuente que, desde la infancia, se dedica al delito, y no sólo al robo (lo que puede producirse por una tendencia congénita aunque también ser producido por la influencia de la familia y del medio) sino a asesinatos feroces por ejemplo, entonces es difícil determinar en qué pueden contribuir las circunstancias del género de vida o de profesión a imprimir este tipo criminal de que he dado ejemplos en las fotografías de niños homicidas publicadas en otro lugar (3).

(1) Manouvrier, *Cerveaux de Gambetta et de Bertillon*, en el *Bull. Soc. psych. phys. de Paris*, 1889, IV; Laborde, *Leon Gambetta*, París, 1898.

(2) Véanse las obras principales de Meunier en el *Emporium*, Septiembre 1898.

(3) Como ejemplo típico de criminalidad congénita, reproduciré, tomándolo de una fuente no sospechosa, *un caso de criminalidad notable*

Por último, Tarde mismo hace ciertas confesiones que destruyen toda la realidad del tipo profesional tomado en un sentido opuesto al tipo antropológico criminal, y Topinard, después, negando la transmisibilidad hereditaria de los caracteres profesionales, le da el golpe de gracia.

Escribe Tarde lo siguiente (*op. cit.*, p. 51): «Es preciso no tergiversar mi pensamiento... yo no me limito a decir simplemente que haya hábitos musculares o nerviosos idénticos, nacidos por imitación de la práctica de un oficio y capitalizados en los rasgos físicos adquiridos superpuestos a los rasgos innatos. Además, estoy persuadido de que *ciertos caracteres anatómicos innatos de orden exclusivamente vital y en manera alguna social* en sus causas, forman parte también de determinadas señales medias propias de cada gran profesión, así como de cada *mente precoz*, que ofrecen Fallot y Robiolis (*Arch. d'anthr. crim.*, Julio de 1896).

Los esposos X... tienen una niña de siete años, otra de dos y medio y un niño de seis meses. El 25 de Octubre de 1895, mientras estaban fuera los padres, la niña mayor, al ver que la pequeña se había orinado en el suelo, la regañó, diciéndola que se lo contaría a mamá. Bajo la impresión de esta amenaza, la pequeña (¡de dos años y medio!) cogió un largo cuchillo, una especie de cuchillo de carnicero que se encontraba sobre la mesa, y *mientras que la hermana mayor se inclinaba para limpiar la orina*, se aproximó, y con *todas sus fuerzas* le dió una cuchillada en la parte derecha del tórax e inmediatamente después *fué con toda tranquilidad a colocar el cuchillo* al mismo sitio de donde acababa de tomarlo. Llamado uno de nosotros, pudo comprobar que le había causado una herida de ocho centímetros de profundidad y que penetraba hasta una de las costillas.

Si esta niña no es un delincuente nato, yo no sé para qué debe servir la observación de los hechos.

El retrato de la pequeña publicado en los *Archivos*, presenta un desarrollo enorme de las cavidades frontales, con una cabeza muy gruesa (probablemente hidrocefala), con orejas muy separadas, y una expresión salvaje en la fisonomía.

«Su carácter, dijo la madre a los médicos, es extremadamente violento, estando sujeta a frecuentes arrebatos (esta es la *acometividad criminal*). *No llora nunca*. Después de haber herido a su hermana, no ha demostrado emoción alguna ni el menor sentimiento. Es de una obstinación excepcional.»

Los médicos añaden: «Nuestras comprobaciones confirman estas palabras de la madre. A primera vista se extraña uno de la expresión grave y seria de las facciones de esta niña; su mirada es triste y sombría; a menudo ella frunce las cejas, lo cual aumenta la expresión *casi feroz* de su fisonomía.

He aquí un hecho (y ¡cuántos otros hay!) que, para la existencia del criminal nato y del tipo criminal, vale más que un volumen de razonamientos. Véase, por ejemplo, en Gissey, *Un omicida dodicenne*, en la *Scuola positiva*, Septiembre 1898.

gran clase social». Y repite en otra parte: «Toda gran profesión social o antisocial atrae a sí a aquellos *que tienen ciertas disposiciones*, si las carreras son libres; si son cerradas por castas, entonces hay una transmisión acumulada; por esta razón los nobles nacen valientes, los judíos banqueros, etc.» (1).

Esto, equivale a decir, y es perfectamente verdadero, que tal hombre se hace carnicero porque tiene caracteres congénitos que le predisponen a esta profesión; tal otro, tiene vocación para ser cirujano; aquel de más allá, artista; y lo mismo puede decirse del delincuente.

No pedimos más para la existencia del tipo criminal antropológico, porque hay artista mediocre que podría haber sido mejor tendero, y que adquiere fácilmente en su profesión cierto aire análogo al de los artistas de nacimiento, a quienes jamás podrá copiar los caracteres congénitos, por ejemplo, los de la fisonomía genial.

Por esto, un tonto que pasa su vida estudiando podrá tomar del verdadero sabio ciertos caracteres profesionales puramente superficiales, como la espalda arqueada, la miopía, la palidez y otros varios; pero haga lo que haga, jamás tendrá la frente espaciosa, la mirada profunda, la fisonomía inteligente, si no ha recibido estos dones de la madre Naturaleza.

De igual manera hay delincuentes que lo son más por la complicidad del medio que por tendencias congénitas, y podrán adquirir si llegan a ser delincuentes habituales, ciertos caracteres profesionales propios de su industria antisocial, que constituirán en ellos el *tipo penitenciario* observado por Gautier cuando pasó algún tiempo en prisión por consecuencia de una condena política (2). Pero, yo lo repito, esto no significa que el criminal nato, provisto desde su nacimiento de ciertos caracteres anatómicos y fisionómicos profundos, sea, él también, un tipo profesional.

No se comprende que Topinard niegue la transmisión hereditaria de los caracteres profesionales, siendo así que todo el mundo conoce familias cuyos miembros poseen desde la

(1) Tarde, *Criminologie*, en la *Rev. d'anthr.*, Septiembre 1888.

(2) Gautier, *Le monde des prisons* en los *Archives d'anthr. crim.*, 1888, págs. 417 y siguientes.

edad más tierna un tipo profesional congénito. También algunos autores que han acogido con entusiasmo la idea del tipo profesional, a consecuencia del prejuicio ordinario según el cual el delito es un fenómeno única y exclusivamente social, han sostenido, sin embargo, contra Topinard, la transmisión hereditaria de los caracteres profesionales.

Pero entonces es evidente que la realidad del tipo criminal antropológico, sostenida por nosotros con relación a los criminales natos, la confirman aquellos mismos que quisieran negarla.

Poco importa que tal niño homicida haya heredado de sus abuelos o de sus padres ciertos caracteres del tipo criminal por una u otra razón, con anomalías atávicas, patológicas o profesionales, supuesto que quede el hecho absolutamente innegable del tipo criminal congénito, en sentido antropológico; es decir de una predisposición fisio-psíquica a esta o la otra forma de criminalidad, que las condiciones del medio telúrico y social podrán (que es lo que acontece casi siempre) llevar a una realización efectiva, aun cuando puedan también (el caso es raro) impedir que se produzcan.

En efecto, para reducir a sus términos más sencillos esta *quaestio vexata* del tipo criminal, diremos que se debe entender, antes que nada, por este término un individuo en quien las anomalías o estigmas atávicos, degenerativos o patológicos, se encuentran en *mayor número* que entre los no delinquentes de las mismas clases sociales y de igual origen étnico. Esta verdad, que es el descubrimiento fundamental de la antropología criminal, no ha sido impugnada hasta ahora por nadie (porque es cuestión de hechos positivos), ni aun por aquellos que hacen objeciones teóricas a la idea del tipo criminal.

En segundo lugar, y este es el punto contestado, sostenemos que este número más grande de anomalías en el tipo criminal (criminal nato) constituye una verdadera *predisposición personal* al delito, como, por ejemplo, el conjunto de ciertos estigmas orgánicos bien conocidos da el tipo del tísico nato, es decir, del individuo *predispuesto* a la tuberculosis de un modo hereditario.

Ahora bien; como yo dije en el Congreso de Ginebra (donde mis declaraciones sobre este particular dispararon las nubes del equívoco y parecieron nuevas a aquellos que no querían acordarse de que no dejó de repetirlas desde 1880), porque un tísico nato, si tiene la suerte de ser rico y de poder vivir en un medio higiénicamente favorable, pueda, no obstante, alcanzar una edad avanzada, *y no morir de la tuberculosis*, ¿se podrá negar la existencia de este tipo clínico?

Lo mismo puede acontecer con el tipo criminal. El individuo que desde su nacimiento, por transmisión hereditaria (lo cual se ha comprobado mil veces con casos de alcoholismo, demencia, suicidio, locura moral, delincuencia, esterilidad, en ciertas familias atacadas de degeneración), lleva en su constitución orgánica y psíquica esta reunión de anomalías, está *predispuesto al delito*: podrá, si tiene la fortuna de vivir en un medio excepcionalmente favorable, morir sin haber violada jamás el Código penal; pero, por el contrario, caerá en la criminalidad natural (es decir, aquella que es antihumana, y no consiste sólo en contravenciones o en heterodoxia política), por poco que las condiciones del medio le hagan difícil la lucha por la existencia (1).

(1) Esta *predisposición*, o menor resistencia psico-física a los estimulantes del medio para el crimen, la reconocen hasta nuestros críticos al no discutir *ex profeso* acerca del tipo criminal, por ejemplo, por Magnan en las *Actes du congrès de Paris*, Lyon, 1890, p. 58: "Los grados infinitos del estado mental entre los degenerados presentan las modalidades siguientes: (a) predominio de las facultades intelectuales, estado moral defectuoso, *degenerados criminales*, etc."

Igualmente Buschau, *Gegenwärtige Standpunkt der Krim anthr.*, Cassel, 1893, admite que entre ciertos individuos existe "una menor resistencia psíquica que puede manifestarse o por una neurosis, por una psicosis o *justamente por un delito*".

Asimismo Legrain, *De l'alcoolisme au point de vue de la dégénération, de la morale et de la criminalité (Actes du congrès de Genève, 1897, p. 162)*.

Por esto Drill decía en el Congreso de París (*Actes*, p. 162) que el factor orgánico no basta por sí solo a engendrar la delincuencia sin la complicidad del medio, "produciendo una *predisposición* más o menos marcada a los delitos en general y a sus variedades en particular... *predisposición* sin la cual las condiciones del medio no son suficientes a determinar el delito.

En el Congreso de Bruselas, donde se dijo que la teoría del criminal nato había sido ya muerta y enterrada a golpes de silogismo, mientras que la lucha (como declaró Van Hamel, p. 270) era únicamente "entre juristas clásicos y antropólogos", Houzé y Varnots, declarándose adversarios del *tipo criminal*, desde el primer momento, se declaraban a la

Se sobreentiende que sin la complicidad del medio, el delincuente nato no comete el delito, aun cuando baste la más ligera impulsión para que ceda a su predisposición fisio-

vez "asociados *sin reserva* a la tesis que hacía remontar el origen funcional del delito a la tiranía del organismo" (*Actes*, Bruselas, 1893, p. 122), y formulaban así la primera conclusión de su Memoria: "El tipo anatómico designado por Lombroso como perteneciente al criminal nato, es un producto híbrido compuesto, reuniendo caracteres tomados de diversas fuentes (¿y esto qué importa?); no es, pues, un tipo real (!), y *aun admitiendo que este tipo exista, se produce sólo en la menor parte de los delincuentes* (pero precisamente porque los criminales natos constituyen la minoría en el número de los delincuentes); debe, pues, ser rechazado" (p. 126). Yo digo, por el contrario, que debe ser mantenido, por la sencilla razón de que existe y se encuentra.

El mismo Liszt, que consiguió ganar una reputación en Alemania, sosteniendo, hace algunos años, con atenuaciones eclécticas, las teorías de la escuela positiva, sin indicar entonces su origen, acabó por comprobar que las circunstancias sociales determinan el movimiento de la criminalidad, "infiltrando sobre los ascendientes del delincuente y a la vez sobre su personalidad innata" (*Actes*, Bruselas, 1893, p. 92).

Todavía más: Tarde, gran argumentador contra el tipo criminal, porque, según dice, no existen "caracteres anatómicos netos e incontestables que sirvan para revelar el criminal" (¿pretenderá que el tipo criminal, para existir, deba tener dos narices y cuatro ojos?) reconoce que esto "no debe impedirnos afirmar que hay predisposiciones orgánicas y fisiológicas para el delito" (*Actes du congrès de Paris*, Lyon, 1893, pág. 199). Y el mismo Tarde, cuando no esgrime la escoba hechizada de los silogismos abstractos y se atiene a la descripción de las realidades por él vistas cuando era Juez de instrucción, habla, por ejemplo, en estos términos de un asesino que descubrió: "Entre estos obreros, vi un joven vigoroso y sano, con la fisonomía de hiena y la mirada sombría y dura" (*Estudios de psicología social*, París, 1898, p. 229).

Esto es lo que puede llamarse una inconsciente revelación del tipo criminal, de parte de un hombre que es, por sus palabras, uno de los más rudos adversarios de él, y naturalmente, si se le invitase a reconocerlo, acopiaría inmediatamente un cúmulo de silogismos para edificar una negación gratuita; que es lo que ocurrió en la sesión de 18 de Noviembre de 1896, celebrada por la *Sociedad de las prisiones* de París. Se discutía allí la relación Motel sobre el Congreso de Ginebra; y como el abogado Martín, confirmando nuestras teorías, narrase una visita que había hecho a la casa de corrección de Douaires y la demostración hecha por él el director, de que "la fisonomía de un gran número de delincuentes permanecía siendo *repugnante*, a pesar de todos los esfuerzos hechos para educarlos", Tarde decía: "Como dice el abogado Martín, existe un *tipo bestial*: con la frente deprimida y el maxilar con frecuencia pesado. Pero (he aquí el razonamiento de un hombre prevenido) si tomáis entre estos jóvenes al más culpable, al que ha cometido más graves delitos, éste no será siempre el que presente las anomalías más graves". (*Revue pénitentiaire*, 1896, págs. 1.248 y 1.252.) Al decir esto, Tarde lo hace sin dar pruebas, porque *jamás* ha hecho un estudio metódico, ni aun sobre una centena de delincuentes, y porque es sólo un crítico de gabinete; mientras que nosotros no sólo decimos lo contrario, sino que lo probamos por las investigaciones antropológicas hechas en las prisiones, en las casas de locos y en otras partes.

psíquica; pero, entre tanto, nosotros hacemos notar que presenta un tipo criminal, y afirmamos que «la herencia es una ley que se manifiesta por una *tendencia*» (1).

Aun entre los animales domésticos existen, como hace notar Corre, verdaderos delincuentes natos, muy conocidos de todos los criadores, es decir, individuos refractarios a toda disciplina, «indomables, insubordinados, tenaces» (2).

De igual modo, si pasamos en nuestra observación a la locura, ¿quién puede negar el tipo fisio-psíquico del «loco hereditario», es decir, del hombre predispuesto a la locura? Y sin embargo, como decía también Maudsley (3), ¿cuántos locos hereditarios no llegan nunca al delirio y gozan de una vida bastante regular, si encuentran para su dicha circunstancias y condiciones excepcionalmente favorables! Y aunque, para la locura también, las *causas sociales* tengan evidentemente una gran importancia, nadie niega tampoco (aun cuando esto no fuese así en los comienzos de la psiquiatría moderna) la predisposición hereditaria a la locura y el «temperamento de loco».

Ahora bien; si se comprende de este modo el tipo criminal, según la escuela italiana siempre lo ha entendido, ¿qué importancia pueden tener las objeciones silogísticas, sino es como indicaciones del espiritualismo enmascarado al cual repugna admitir esta prueba de la dependencia de lo físico con relación a lo moral, o como preocupaciones infundadas del socialismo metafísico que teme ver afirmar que el delito es inevitable y fatal, sean las que fueren las modificaciones del medio social?

Queda, pues, sentado, que cuando hablamos del tipo criminal y del criminal nato, es nuestra intención afirmar una predisposición fisio-psíquica al delito, que, en ciertos individuos, puede no llevar a actos criminales (como la predisposición a la locura puede no desembocar en el delirio), si es contenida por circunstancias favorables del medio; pero que por poco que estas circunstancias sean adversas, sólo queda la explicación positiva de la actividad antihumana y antisocial del delincuente.

(1) Pierret, *Les grandes lignes de l'hérédité psychopathique*, en la *Revue scientif.*, 22 de Mayo 1897.

(2) Corre, *Les criminels*, París, 1889, p. 372.

(3) Maudsley, *Le respons. nelle mal. ment.*, Milán, 1875, capítulo último.

Por esto se comprende asimismo, por qué hemos afirmado «la fatalidad inevitable del delito»; pero igualmente por qué reconocemos, desde nuestra primera edición (1881), en nuestra teoría acerca de la prevención de la criminalidad (*sostitutivi penali*), que modificando el medio se puede influir, dentro de los límites de la existencia individual, sobre la gran masa de los delincuentes de ocasión y por costumbre, y en el transcurso de algunas generaciones, gracias a la herencia, sobre la clase de los criminales y locos de nacimiento (1).

Esta es la razón, por fin, de que no nos autorice la observación a suponer, como hace, por ejemplo, Manouvrier, «que un mismo individuo pueda producirse de mil maneras diversas, según las influencias a que esté sometido, sin variar por esto fisiológica y anatómicamente»; de tal suerte, que «la educación, el medio, las circunstancias sociales, puedan hacer de un individuo muy bien constituido un criminal»; aun cuando «el hombre es criminal nato como el perro nace nadador: es siempre muy capaz de cometer un crimen» (2).

No; un individuo que no tiene predisposición al crimen, podrá, en circunstancias extraordinariamente desfavorables, llegar a la locura más o menos pasional, o quizá al suicidio; pero no será nunca «un culpable». No incurre en locura el que quiere, ni llega a ser criminal una persona por solo su voluntad.

Tal es, pues, la última conclusión sobre la existencia incontestable del tipo criminal; y si entre los criminales natos es casi

(1) Ottolenghi, señalando *las diferencias de sensibilidad según la condición social* (*Arch. de Biol.*, 1898, XIX, 101) comprobaba que hay en las clases bajas de la sociedad una minoría de individuos de sensibilidad superior, y en las clases elevadas individuos de sensibilidad inferior (precisamente como hay, a pesar del medio, tipos virtuosos entre los miserables, y tipos criminales entre los ricos). De suerte que «la certidumbre científica de estas minorías da al problema de las desigualdades antropológicas una significación menos fatalista, porque la civilización no se inclina a determinar las desigualdades». Y cuando el medio social asegure mejor el desarrollo de la personalidad humana, esta minoría escogida entre los miserables, que continúa ahora atrofiada por la miseria, vendrá a ser cada vez más numerosa; mientras que aun en las clases elevadas, una existencia menos febril (disminuyendo la caza del oro) o menos parásita, disminuirá la frecuencia de degeneraciones involutivas.

(2) Manouvrier, en las *Actes du congrès de Paris*, Lyon, 1895, páginas 29 y 155; *La genèse normale du crime*, en el *Bull. Soc. Anthr.*, París, Septiembre 1893, p. 144.

exclusivamente de origen biológico, entre los delincuentes de ocasión que llegan a serlo habituales, su origen es en gran parte social; sin que no obstante, aun en estos últimos, como yo diré oportunamente, pueda excluirse toda influencia biológica: pues los delincuentes de ocasión, aun en medios análogos, no acaban por ser siempre todos delincuentes habituales, porque existe un número de ellos que están dotados de mayor fuerza biológica de resistencia a las condiciones criminógenas externas.

Esto equivale a decir, que tanto para los delincuentes como para los demás grupos profesionales o psicológicos, existe en ciertos casos un tipo bio-social en el que los caracteres congénitos o los adquiridos, predominan según que el individuo esté más o menos preparado por su constitución fisio-psíquica a una profesión dada o que esté determinado mejor por condiciones familiares y sociales. Pero además existe también un tipo puramente biológico o antropológico, del delincuente, precisamente en los casos en que las tendencias criminales son congénitas y se manifiestan desde los primeros años, acompañadas de profundos caracteres anatómicos, fisonómicos y hasta físicos (impulsividad, insensibilidad moral, imprevisión extraordinaria), que no pueden explicarse como producidos únicamente en el individuo por los hábitos de la vida o por las condiciones sociales.

Esta es la concepción del *temperamento criminal* que he expuesto en otra parte (en la *Scuola positiva*, Agosto 1896), indicando los medios de establecer una *etiología criminal*. Esta será el coronamiento práctico de la obra científica que se ha desarrollado desde hace algunos años con tanto éxito sobre la doble base de la antropología y de la sociología criminales, y que, después de haber recogido cantidad tan grande de datos analíticos que algunas veces resulta atestada, debe, de hoy en adelante, emplear estos materiales y sus informaciones parciales en una síntesis bio-sociológica que será la teoría de este arte tan difícil, pero tan fecundo, de la terapéutica social (1).

(1) A título de indicación para esta síntesis, véanse las monografías de Rossi y de Ottolenghi, sobre doscientos criminales, Turín, 1898; Del Greco, *Il temperamento epiletico*, en el *Manicomio*, 1893; Hamon, la